

No se veía el fin de aquel hilo.

Y, desde la naríz del senador una arañita, casi invisible, que parecía había salido de las propias fosas nasales, viajaba indiferente, arriba, arriba, por aquel hilo, que parecía perderse en el cielo.

Las tres

Perdido en un traje viejo de su amo, que le venía ancho por todas partes, Balaró subió corriendo desde el jardín, sacudiendo y agitando al aire, en lugar de las manos, las mangas:

—¡María Santísima! ¡María Santísima!

La gente se detenía en la calle.

—¿Qué ha ocurrido, Balaró?

Ni se volvía siquiera; proseguía corriendo hacia arriba, hacia arriba, gesticulando, hacia el palacio del barón, y repetía a cada paso:

—¡María Santísima!

Inflado, hasta estallar, por la noticia que, a toda prisa, llevaba a la baronesa, con aquella exclamación tomaba aliento. Y se apartaba, se arrancaba con rabia de cuantos querían interponérsele para detenerlo.

La carrera, el esfuerzo para contenerse, la misma enormidad de la noticia, acabaron por aturdirlo de manera que, en cuanto entró en el palacio, fué presa de una especie de vértigo; cayó

sobre sus nalgas, entre atónito y desvariado, hablando voz apenas para anunciar:

—El se... señor barón... corr... rred... le ha dado un vahido... en el jar... jardín...

A este anuncio, la baronesa, doña Victoria Vivona, quedóse en un principio como fulminada. Con la boca abierta, los ojos extraviados, llevóse lentamente las manos a los cabellos y comenzó a rascarse la cabeza. De repente saltó en pie todo lo alta que era, lanzando un grito tal, que por poco no tiemblan los muros del antiguo palacio baronial o saltan, hecotos añicos, los cristales de las amplias ventanas. Acto seguido, dióse a agitar precipitadamente las manos ante su boca, como si quisiera disipar o echar hacia dentro aquel grito; después las volvió, extendiéndolas, indicando que se cerrasen todas las puertas y chilló ahogando la voz:

—¡Por compasión, por compasión que no lo oiga Nicolina! ¡Tiene el niño al pecho! ¡El chal... dadme mi chal!

Y tembló toda ella en el vientre y en los enormes pechos, llevándose nuevamente las manos a los rudos cabellos enmarañados, color cobre, alargando la amarillenta caraza, maculada de grandes pecas.

—Balaró, ¿ha muerto? ¡Oh, Madre Santa! ¡Oh, San Francisco de Paula, santo protector mío! ¡No me lo hagas morir! ¡No me lo hagas morir!

Al decir esto, trató de sacar del pecho la medalla del santo; no logrando desabrochar la aber-

tura con los dedos temblorosos, desgarró la blusa; sacó la medalla y comenzó a besarla, a besarla, entre sollozos entrecortados y las lágrimas que le corrían de los ojos bovinos; hasta que llegaron las criadas y una de ellas le echó encima un chal negro, de lana.

Seguida de éstas y precedida de Balaró, con la carga de los muchos refajos subidos hasta media pierna, bajó, bamboleándose, las escaleras del palacio, y durante un buen trecho, olvidando bajarse las faldas, atravesó las calles de la ciudad con las informes pantorrillas descubiertas dentro de las gruesas medias aldeanas de algodón azul, y el cuerpo del vestido desgarrado y los pechos temblequeantes a la vista de todos, con la medalla apretujada en la mano, gimiendo con su voz hombruna:

—¡San Francisquito de Paula, santo protector mío, cien cirios para tu iglesia! ¡Concédeme esa gracia! ¡Concédeme esta gracia!

Balaró, el mensajero, aligerado ya del peso de la noticia, casi refa—tan necio era—por la satisfacción de ser considerado como uno de casa en ocasión tal, que atraía la curiosidad de las gentes. A todos respondía:

—Vahido, vahido... nada. Un ligero vahido al señor barón. ¿Dónde? En el jardín de Filomena.

—¿En el jardín de Filomena?

Y todos se daban a correr juntos, sin asombrarse de que la baronesa de Vivona se dirigiera

a ver a su marido allí, al jardín de la tal Filomena, que durante tantos años había sido públicamente la amante del barón y junto a la que—ya como un buen amigo—solía pasar, aún, dos o tres horas de la tarde, amoroso de las flores, del huerto, de los melocotoneros y granados, y de aquel trocito de tierra regalado a su antigua amante.

¡Agua pasada!... De otras cosas hubiese podido asombrarse la gente si la baronesa no hubiera sido la enorme mujer que era y con sus actos no hubiese quitado a todos, desde mucho antes, no ya la razón, sino la posibilidad del asombro.

* * *

Diez años atrás, próximamente, el barón Francisco de Paula de Vivona había subido hasta un pueblo serrano, a pocos kilómetros de la ciudad, con la escolta de toda su noble parentela a caballo.

Era rey de aquellos lugares un antiguo síndico que había tenido la suerte de hallar en las alturas de una de sus tierras estériles, abrupta, trazas esquistosas de una de las más ricas minas de azufre de Sicilia, acertadamente cedida, desde un principio, en inmejorables condiciones, a un arrendador belga, que había ido a la isla con intención de colocar, provechosamente, capitales, por cuenta de una sociedad industrial de su país.

Sin un dolor de cabeza, el síndico, había acu-

mulado así, en unos veinte años, una fortuna extraordinaria, de la que él mismo no había sabido darse cuenta exacta, pues había seguido viviendo en el campo, entre sus bestias, como antes, con sus aretes de oro en las orejas y vestido de pana como un aldeano.

Habíase edificado, eso sí, una hermosa casa, junto a la antigua granja; mas se movía en ella torpemente, desorientado, cuando a la noche, tras las labores campestres, iba a reunirse con su hija única y con una hermana más vieja y más rústica que él, y tan ignorantes ambas, y despreocupadas de su fortuna, que aún seguían vendiendo los huevos de sus innumerables gallinas, ante la verja, a las mujerucas que se dirigían después con las cestas a revenderlos a la ciudad. Una vieja hermana suya era, además, medio idiota desde muchacha, tanto que, en la iglesia, durante las funciones, cada vez que oía nombrar a San Pedro, no podía contenerse y por tres veces, gritaba: «kikirikí».

Victoria, la hija—o «Victó», como la llamaba su padre—, de cabellera rojiza y de gigantesca estatura como la madre, muerta al darla a luz, hasta los treinta años no había tenido ni un solo pensamiento para sí, abstraída, como su padre por el campo, por el gobierno de la granja, por la venta de las cosechas, amontonadas en los amplios graneros polvorientos, de los cuales llevaba las llaves colgadas en la cintura; tostada por el sol, sudada, con hebras de paja entre las greñas.

De semejante estado había redimido, para llevarla a la ciudad, con el título de baronesa, don Francisco de Paula Vivona, gran señor arruinado y buen mozo, que se había valido de los últimos restos de su fortuna para comprarse una magnífica cola de pavo real, esto es, el prestigio de una pomposa apariencia, merced a la cual era por todos admirado y obsequiado, y llamado en toda ocasión al honor de representar al pueblo que, más de una vez, le había elegido alcalde y hubiera anhelado elegirlo diputado, si él, pagado con dominar en la ciudad, no hubiese opuesto siempre una rotunda negativa.

Doña «Victó» quedóse deslumbrada desde el primer momento. Comprendió enseguida por qué aquel hombre tan guapo, esplendoroso como un sol, la había pedido en matrimonio. Y, en lugar de afrentarse, había estimado justísimo que una mujer como ella pagase, aun a costa de mucho dinero, el honor de llegar a ser—aunque de nombre sólo—baronesa y esposa de un hombre como aquél. Y no era eso únicamente, sino que estimaba más que justo también, no pretender su fidelidad, porque, naturalmente, un hombre como él, no podía contentarse, en modo alguno, con lo que una mujer como ella podía darle.

Durante los diez años de matrimonio había acogido siempre como una verdadera merced cualquier mirada bondadosa, cualquier palabra amable.

—¡Cicciuzzo (1) es barón! ¡Cicciuzzo es un hombre fino! ¡Cicciuzzo no puede dormir conmigo!—decía a las criadas que le preguntaban el motivo de que, siendo la esposa, se aviniera a dormir separada de su marido—. Cicciuzzo, el barón, duerme como un ángel; yo duermo, en cambio, con la boca abierta y ronco demasiado fuerte, y Cicciuzzo no lo puede aguantar; ¡hijo mío!...

Absolutamente convencida de no llegar a bastarle, de no tener en sí nada para atraer, no ya el amor, sino la consideración siquiera de aquel hombre tan guapo, tan grande, tan fino, satisfecha y orgullosa de su bondad, no se preocupaba de las infidelidades de él, mas que por el hecho de que pudieran serle perjudiciales a la salud. Que todas las mujeres anhelasen su amor, era, por el contrario, una cosa que excitaba su amor propio, casi una satisfacción, porque, en fin de cuentas, la mujer propia era ella ante Dios y ante los hombres; la baronesa era ella y eso le bastaba. Había podido comprarse ese honor y las otras no. No había más qué hablar.

Sólo una cosa le amargó durante aquellos diez años: no haber podido darle un hijo a Cicciuzzo, el barón. Pero cuando últimamente supo que Cicciuzzo había logrado tenerlo con otra, con una muchacha llamada Nicolina, hija del jardinero

(1) Francisquillo.

que había plantado y cuidaba el jardín de Filomena, habíase consolado mucho, y tanto había dicho y tanto había hecho, que, desde hacía dos meses, Nicolina, con su hijo, habíase instalado en el palacio, y ella la servía tiernamente, no sólo en atención hacia aquel angelito, que era el propio retrato de su padre, sino porque una viva ternura habíase apoderado de ella enseguida hacia la buena muchacha, tan tímida, tan tímida y tan bonitilla, que, seguramente, se había dejado seducir, la pobrecita, por aquel bribón de Cicciuzzo, el barón, llevada solamente de su inexperiencia y de las malas artes de Filomena. Quería compensarla del placer que le había proporcionado dando al mundo aquella criaturita, durante tantos años anhelada, en vano, por el barón. Poco le importaba que se lo hubiese dado otra. Lo importante era esto: que allí estaba y que era hijo de Cicciuzzo.

La misma bondad, cuando es excesiva, llega a agobiar, y Nicolina se hallaba agobiada. Mas doña «Victó», indicándole el niño que yacía en su falda, riendo y palmoteando le gritaba:

—¡Tontona, no llores! ¡Mira, en cambio, lo que has sabido traer!... ¡Qué hermoso es! ¡Santo amor mío! ¡Qué fino! ¡Hijito de mi alma! ¡Mira cómo me sonrío!...

* * *

Gran golpe de gente se había estacionado ante la puerta del jardín de Filomena. Al distinguirla,

desde lejos, la baronesa y las criadas comenzaron a lanzar grandes gritos.

El barón había muerto y se hallaba tendido en un colchón, fuera de la casa, ante un kiosquito recubierto de árboles. Tal vez la excesiva claridad le desfiguraba. Parecía violáceo, y los rubiascos pelos del bigote y de la barba, partida por medio, parecían hallarse apelonados y ralos, ralos en las mejillas, en el labio, en la barbilla, como los de una careta de carnaval.

Los globos de los ojos, endurecidos y extrañados bajo los párpados lívidos, tirantes; la boca, contraída, como en una mueca de risa. Abejas y moscas revoloteaban, insistentes, junto al rostro y las manos.

Filomena, prosternada, con la cara en el suelo, gemía su dolor y las alabanzas al muerto ante una compacta valla de gente, muda, inmóvil, alrededor del colchón. Sólo de cuando en cuando alguno se inclinaba a espantar una mosca del rostro o de las manos del cadáver, y una comadre se volvía a hacer señas iracundas a una niñita sucia, con las nalguitas y la pancita descubierta, que arrancaba flores del kiosco y se las iba clavando en el ombligo.

Todos se apartaron en cuanto irrumpió, espantosa en el desorden de la desesperación, la baronesa, que se arrojó también de rodillas, al otro lado del colchón, arrancándose los cabellos, arañándose el rostro y chillando:

—¡Hijo, Cicciuzzo mío, de qué manera te he perdido! ¡Aliento mío, corazón mío, de qué manera he llegado a hallarte! Cicciuzzo de mi corazón, llama de mi alma, ¿cómo te has dejado caer así en el suelo, tú que eras asta de bandera? Esos ojazos lindos, ¡no los abrirás ya! Esas manos bonitas, ¡no las apartarás ya! Esa boca preciosa, ¡no sonreirá ya!

Y, a poco, chillando también y también arrancándose el cabello, a los pies de aquel colchón llegó a postrarse de hinojos otra mujer: Nicolina, con el niño en los brazos.

Nadie, conociendo a la baronesa y las pruebas que durante diez años había dado de inconcebible tolerancia, no sólo de amor excesivo y devoción hacia su marido, sino también por la seguridad que tenía e infundía en los otros, de que era lógico cuanto le había ocurrido, dada su rudeza, su fealdad y su gran corazón, nadie pareció asombrarse por aquel espectáculo, sino que llegaron a conmoverse hasta las lágrimas, cuando ella se volvió para suplicar a Nicolina que se alejara y, tomándole de los brazos al niño y presentándose al muerto, le juró que lo tomaba por suyo y haría que fuese un caballero como él, dándole todas sus riquezas, como ya le había dado su amor.

Los parientes del barón, que acudieron precipitadamente poco después, tuvieron que sostener gran lucha para poder apartar a aquellas tres mujeres, primero del cadáver y después una de la

otra, pues se habían abrazado estrechamente para agrupar su pena en un solo nudo indisoluble.

* * *

Tras los funerales, solemnemente celebrados, la baronesa quiso que también Filomena fuera a vivir con ella al palacio. ¡Las tres juntas!

Vestidas de negro, se consolaban sucesivamente, compitiendo en atender a aquel niño, sonrosado y rubio, y en el cual, a los ojos de cada una, revivía el difunto barón.

No obstante, poco a poco, la baronesa y Filomena comenzaron a demostrar a Nicolina que, aunque ella fuese la madre del pequeño, no podía, por su edad, por su inexperiencia, igualarse a ellas, ya fuese en el dolor por la desgracia común, ya en los cuidados del niño. Para ellas la vida se había cerrado totalmente y para siempre; para Nicolina, en cambio, tan joven y tan bonitilla, ¡quién sabe!, podría volverse a abrir, hoy o mañana.

Comenzaron, en fin, a considerarla como una hija, o, mejor, como una muchacha que, en conciencia, no debía sacrificarse como ellas a un luto perpetuo.

Tal vez, muy bajo, muy bajo, hablaba en ambas, disfrazada de compasión, la envidia, por el hecho de que la muchacha era la verdadera madre del chiquillo.

Para disimular esta superioridad que Nicolina les llevaba, en cuanto destetó al niño, casi la excluyeron de todo cuidado; ambas, no obstante, comprendieron que el excluirla no bastaba. Para que el niño permaneciese con ellas, ligado por entero a la memoria del muerto, era preciso que Nicolina tuviese otro, otro por cuenta propia; era preciso, en fin, que se casara. La baronesa hubiese seguido albergándola en el palacio, en un pabellón aparte; le hubiese asignado una buena dote, buscándole un buen muchacho, prudente y respetuoso, que podría dirigirla a ella, a Filomena y a toda la casa.

Interrogada, Nicolina se opuso en un principio, tenazmente; protestó que no quería ser menos que la señora y que Filomena en el luto por el barón; insistiendo en que, tal vez, a ella le tocaría guardarlo más severamente, por razón de su hijo. Ellas no le dijeron que, precisamente por eso, deseaban que se casara; mas se mostraron tan frías y tan doloridas por la negativa, que, al fin, poco a poco acabaron por hacerla ceder.

Filomena, mujer de mundo y tan sabia, que hasta el propio barón, ¡alma santa!, habíase guiado siempre por sus consejos, tenía ya dispuesto el marido: un tal don Nitto Trettarí, pasante de un notario, finito él, de buena familia, de pocas palabras, que comulgaba todos los domingos. Feo, ¡tampoco! ¡Qué feo! Algo delgaducho... Pero, ¡vaya!, con la buena vida no hubiese tardado en

entrar en carnes. Solamente era preciso quitarle aquel vicio de tener siempre la punta de la lengua pegada al labio superior: por lo demás, ¡un muchacho de oro!

Transcurrido el año de luto riguroso se trató de la boda. La baronesa asignó a Nicolina veinticinco mil liras de dote, un rico ajuar, vivienda y alimentación en el palacio. También le regaló trajes y joyas.

—Pompa, no—decía al novio, que se retorció dando las gracias y de cuando en cuando se pasaba la mano por el faldón del chaquet, como si un perro le amenazase con mordérselo—. Pompa, no, mi querido don Nitto, porque el corazón de las tres no nos lo permite en realidad; pero... (¡la lengua, don Nitto! ¡Dentro la lengua, bendito de Dios! Con el ingenio que usted tiene y parece un tonto); algo de fiesta—decía—se hará, no lo dude.

Nicolina lloraba al oír estas conversaciones y estrechaba a su hijo contra el pecho, como si al casarse tuviese que abandonarlo. Don Nitto se angustiaba ante aquellas lágrimas irrefrenables, mas no decía nada, porque la baronesa le había rogado que dejase llorar a Nicolina, que motivos tenía para ello. En breve, con la ayuda de Dios, puede que no llorase más; entre tanto, había que dejarla.

No hubo manera—el día de la boda—de vencer a Nicolina de que debía despojarse de sus lutos; amenazó con echar a rodar el casamiento si

la obligaban a ponerse otro vestido. ¡O aquél, o nada!

Don Nitto consultó a su familia: a la madre, a sus dos hermanas, a los cuñados, pasando y volviendo a pasarse la mano por el faldón del chaquet; las hermanas, especialmente, se hacían fuertes, porque ellas habían ido con sus trajes deslumbrantes de seda del día de la boda, con todos sus oros, y la manteleta de raso y encaje, con el fleco largo, hasta el suelo. Pero, por fin, todos tuvieron que someterse a la voluntad de la novia.

Y fueron, en procesión, a la iglesia primero y al registro civil después; el novio, entre las dos hermanas, delante; luego, Nicolina, entre la baronesa y Filomena, las tres entre espesísimos crespones, como si fueran tras un entierro; detrás, la madre del novio, entre sus dos yernos.

Pero la escena más conmovedora ocurrió en el salón del Ayuntamiento. Hallábanse en dicha sala, puestos en fila, en las paredes, los retratos pintados al óleo de todos los alcaldes pasados; el de don Francisco de Paula de Vivona estaba, naturalmente, en el puesto de honor, precisamente encima del teniente de alcalde, delegado en el registro civil.

La baronesa vió, la primera, el retrato, y un gran temblor le corrió por la barbilla, por las manos, por las piernas; los ojos se le llenaron de lágrimas. En la imposibilidad de hablar, mientras

el secretario leía los artículos del código, dió con el codo un ligero encontronazo a Nicolina, que se hallaba a su lado. Como quiera que ésta se volvió a mirarla y siguiendo los ojos de ella descubrió el retrato, lanzó un agudísimo grito y prorrumpió en un llanto fragoroso. Entonces la baronesa y Filomena no pudieron ya contenerse y las tres, con las manos en los cabellos, ante el asombro del secretario, comenzaron a gemir como en el día de la muerte.

—¡Hijo, Cicciuzzo nuestro, que nos estás mirando! ¡Llama de nuestra alma! ¡Qué guapo eras! ¿Qué haremos, Cicciuzzo nuestro, sin tí? ¡Angel de oro, vida de nuestra vida!...

Y hubo que aguardar a que acabara aquel llanto para llegar a la firma del contrato nupcial.